

# EL JUICIO DEL DIABLO

**Nerea Broncano Aglio**

## Capítulo 1

*30 de septiembre de 1745, Inverness (Escocia).*

Inverness es una ciudad al norte de Escocia, llena de encanto y tranquilidad. Se notaba en el ambiente que iba a comenzar el otoño pues Highmountain (la montaña más alta de todas las Highlands) se divisaba blanquecina y aquello era la señal más notoria.

Beth McKenna se encontraba degustando el vino tinto que Iain acababa de sacar al mercado de la ciudad, mirándole pensaba en el buen trabajo que había conseguido con la maduración de ese vino. Iain McKenna, el hombre más honorable de todo el pueblo debido a su laborioso trabajo como profesor en la escuela de la ciudad en horarios laborables, y catador de vinos en sus tiempos de ocio era su marido. Llevaban casados por la iglesia católica 17 años y seguía enamorada como el primer día, juntos habían traído al mundo a las dos personas más importantes de su vida, su hijo Lean de 17 años y su hija Eara de

15. Esta última era una joven con gran ambición, no se dejaba influir por el revuelo que causaba su forma de actuar como mujer en la ciudad, ya que ella, al igual que su madre, no era de las que se quedaba en casa tejiendo o ayudando a su progenitora en las labores del hogar, sino que salía al bosque y practicaba con el arco de su hermano mayor, soñando que alguna vez podría servir al pueblo escocés como lo haría Lean. Beth daba gracias a Dios porque su hija tuviera esa mentalidad puesto que ella misma se había enfrentado a su madre por perseguir sus sueños y convertirse en una gran abogada como era ahora, aunque a su pesar aquella vocación le trajo el deterioro de su relación con sus padres, los cuales vivían desde que ella se casó en Glasgow.

En cuanto a Lean, era un guerrero de armas tomar, corpulento y con decisión al querer alistarse en el ejército jacobita para defender la causa de la restauración de los Estuardo en el trono británico. Ya había tomado clases con soldados del ejército usando la espada y reconocía que aquella decisión que había tomado con la edad de su hermana menor era la correcta, aunque, por otra parte, siempre pensaría en cómo hubiese sido su vida si hubiese estudiado derecho como su madre, lo cual durante su infancia había sido su sueño por cumplir.

Ella era la matriarca de la familia, por ella pasaban todas las decisiones de esta, ya que era muy calculadora y responsable a la hora de llevar las riendas económicas de la familia, pues así se lo había inculcado su padre, Frang Banner, economista y actualmente retirado que se entretenía siendo agricultor. Su madre Beth era ama de casa y ganadera, había criado a sus tres hijos con mucho cariño pero de una manera severa, Beth era la mayor y se especializó en abogacía, cosa que a su madre le desesperó por el simple hecho de que solo compartiría con ella el nombre y no su labor como fémina, tenía muchos sueños y metas que le volaban por la cabeza y cada una de ellas se había cumplido gracias a su admirado padre, el cual confiaba en ella y veía en sus ojos a una gran mujer que sería recordada. Le facilitó todos los medios para estudiar fuera de Inverness y de hecho así fue, estudió en la Universidad de Glasgow, viajó con su padre a Francia y allí pudo tener su primer puesto de trabajo, cuatro años después volvió a Glasgow comunicando a su familia que se casaría con Iain McKenna, que venía

de una de las familias más querida por los Banner. Después del acontecimiento, sus padres se instalaron en Glasgow de manera permanente por comodidad para el matrimonio. Beth iba seguida por su hermana Leslie, que sí que había optado por casarse y quedarse en casa trabajando en lo que se supone que todas debían de trabajar, con esto había conseguido el reconocimiento de su madre y aunque Beth no sabía por qué, la notaba feliz. Por último, se encontraba su hermano Frang, el menor del clan siempre había traído alegría y diversión, además había supuesto un ejemplo de superación para toda la ciudad desde que era un pequeño niño ya que se había quedado sin brazo por la picadura de una araña venenosa mientras jugaba en la cuadra con los demás niños. Aun así, se especializó en cuidar, domar y examinar a los caballos de Inverness, preparándolos para las revueltas y guerras que allí tenían lugar.

Aquellos momentos para ella no estaban siendo fáciles, por las noches no podía conciliar el sueño y a menudo iba a trabajar sin ánimo. El príncipe Carlos Estuardo era lo que a Beth le quitaba el sueño en la madrugada, desde aquel encuentro de su padre y ella con *El joven pretendiente* en Edimburgo no podía centrarse en su causa de defender a los acusados en los juicios celebrados en Inverness. El descendiente de Jacobo III había oído por palacio los rumores que acusaban a un miembro con altos cargos en las Highlands de traidor, puesto que se decía que ayudaba al bando contrario de los escoceses: el ejército inglés del príncipe Guillermo Augusto, descendiente de Jorge II de la Casa Hanover. Frang Banner se sentía avergonzado y humillado por la acusación, aunque había dejado su tierra natal muchos años atrás no podía dejar que hubiera traidores habitando en ella y pelearía por librarse de aquel malnacido para salvar las Highlands y Escocia por el bien de sus hijos y sus nietos.

- Su Excelencia, yo no os puedo ser útil en vuestra causa puesto que vivo en Glasgow y pese a que soy un reconocido economista en Escocia no tengo conocimientos de la ley, pero para resolver esto he traído conmigo a mi hija Beth, tiene 37 años y es licenciada en abogacía; ella sí que puede ayudar e incluso resolver el problema que se os presenta para la conquista del trono que os pertenece.

Nerea Broncano Aglio

Ese hombre no sabía dónde estaba metiendo a su hija mayor, no tenía conocimiento de que aquella búsqueda y su seguido juicio serían los desencadenantes de su desdicha.

- Señor Banner, me gustaría que nos dejara a solas a su hija y a mí ya que, si es tan buena como usted dice, podrá demostrármelo en una conversación privada.

Acto seguido, Frang besó la cabeza de su hija y salió de la habitación, Beth a sus adentros, rezaba porque aquello pasara rápido.

- Bien señora Banner...

- McKenna, estoy casada su Excelencia.

- Discúlpeme, señora McKenna voy a andarme sin rodeos con usted. Mi glorioso padre ha estado luchando toda su vida contra los ingleses por la vuelta de mi familia al trono británico, su padre fue la mano derecha del mío en numerosas ocasiones y se de primera mano que puedo confiar en él.

Voy a asignarle esta difícil tarea que se ha entrometido en mi recorrido para conseguir aquello que ansiaba mi padre y que de la misma manera lo hago yo; dedicarás tu tiempo a encontrar al traidor y juzgarlo, no tengo mucho tiempo, pues presiento que la guerra se acerca. Le doy un plazo de una semana para encontrarlo, por el contrario, vuestro padre tendrá que pagar las consecuencias por haberme convencido para confiar en usted.

- No se preocupe su alteza, encontraré y dictaré sentencia de muerte a ese traidor (y no dejaré que toque a mi padre).

Se despidió con una reverencia y salió del palacio. Su padre se encontraba esperándola con el carruaje para volver a Inverness, Beth le contó lo sucedido y él no podía estar más orgulloso de ella.

- Siempre supe que tendrías un papel muy especial en la vida.

- Papá, sabes que después de este caso volveré a mi vida con Iain y mi trabajo en la ciudad, eres consciente de que, aunque parezca fuerte, tengo mucha debilidad cuando se espera tanto de mí.

- Me temo, mi rebelde florecilla, que tu vida normal se acaba de acabar, y si no era ahora, sería en un par de meses o como mucho un año. Tu hijo Lean va a alistarse en el ejército en cuestión de meses, en cuanto cumpla su mayoría de edad y la pequeña Eara lo hará también, que no te quepa duda de que hará lo posible por ser reconocida junto a su hermano como defensora de los Estuardo e Iain y tú viviréis para rezar su vuelta sanos y salvos.

Beth se quedó pensativa, si como decía su padre había acabado su vida normal y el destino la había situado ahí, ella no iba a cambiarlo. Lo que no sabía es que todo cambiaría a peor.

## Capítulo 2

*Seis días después...*

Beth sabía que no podía seguir con esa actitud, se había estado dedicando por las mañanas a cumplir con su labor en Inverness y por la noche a reunir pistas para encontrar a su hombre. Por suerte, no estaba sola, su marido Iain cooperaba con ella en ‘la caza del soplón’ (así lo habían apodado sus hijos).

Tenía un minucioso plan que se encargaba de cumplir a la perfección: ella deambulaba por las oscuras calles, oculta en una capa que le tejió Beth Banner a su nieta para que pudiera salir al bosque sin que Iain lo supiera, se encargaba de controlar los movimientos nocturnos de los caminantes de la ciudad, esperando que aquel hombre desconocido diese la cara en alguna actividad sospechosa. En cuanto a Iain, su labor consistía en entrar en cada taberna de la metrópoli haciéndose pasar por un comerciante nómada de telas conseguidas en

Portugal, bebía y reía con los allí presentes esperando la misma manifestación que su mujer buscaba.

Se escuchaba la fuente en el epicentro de la ciudad y Beth no podía parar de moverse de lado a lado, había recorrido la plaza al menos seis veces y aún no había ni rastro. En circunstancias normales, hubiese decidido recostarse en uno de los bancos al lado de la taberna más próxima, pero, en esa ocasión, no había tiempo que perder porque solo disponía de esa noche o, por el contrario, el príncipe tomaría medidas. Era la una de la madrugada, la gente comenzaba a irse y se quedaba sin esperanzas cuando, en ese preciso instante, un hombre con un sombrero con el que intentaba cubrir su calvicie cruzó por delante de ella sin percatarse de que acababa de cavar su propia tumba. Ella no sabía qué hacer, y lo primero que pasó por su mente fue seguirle para asegurarse de que era él el culpable de sus preocupaciones y malestar. Contó, por lo menos, veinte minutos caminando detrás de él hasta que este se dispuso a hablar con un guardia inglés que se encontraba haciendo guardia, Beth sin pensarlo escuchó de forma descarada la conversación entre el soldado y el sospechoso.

- ¿Qué tienes hoy que me pueda ser útil?

- La chica no ha dado conmigo, el príncipe Carlos Estuardo sigue adelante con la campaña y la causa, debe ser que le ha ido muy bien en Edimburgo, ya que ha derrotado al ejército real en la Batalla de Prestonpans.

- Bien señor, aquí tiene su recompensar por los servicios, ha sido muy útil para el príncipe, que Dios le tenga en su gloria.

El ritmo cardíaco de Beth estaba desbordado, se moría de ganas por atraparlo y dar fin a la contienda sobre el chivato. Pensó en unas décimas de segundo y, en cuanto vio pasar al hombre que buscaba, se abalanzó sobre él provocándole un golpe muy fuerte en la cabeza.

Dave McCallum, sí, así se llamaba y se dedicaba a la recaudación de impuestos entre los pueblos, él mismo pensaba que el golpe tan fuerte que se dio contra el suelo le había matado, pero, en cambio, se encontraba sentado en una silla dentro de un lugar que él había deseado no volver a pisar jamás: el juzgado de Inverness. Todo el mundo estaba esperando a que despertara ¡No! Le habían pillado, enfrente tenía a tres personas que le acababan de confirmar sus sospechas: a la izquierda se encontraba Beth, aquella mujer que había ido en su busca y captura, a la derecha se encontraba el príncipe Carlos Estuardo y presidiendo la sala, el juez.

- Bien, ya veo que ha despertado, soy el juez McDonald y hoy usted está juzgado por traición al príncipe, la letrada McKenna le acusa de haber mantenido conversaciones con personas pertenecientes al bando inglés del príncipe Guillermo Augusto sobre nuestros planes de guerra y nuestros propósitos que estamos llevando a cabo para ver sentado en el trono al descendiente de los Estuardo.

- Yo no he hablado con nadie, ¡lo juro! No puede creer a esa mujer que tiene a su izquierda; ¡es una bruja y ha creado un hechizo que ha afectado al cerebro de todos los aquí presentes!

- Por favor, no estamos reunidos para juzgar mis dotes de brujería o, simplemente, cuan de alta es mi perseverancia y mi capacidad de detective así que, si es tan amable, acepte su condena de la forma más digna que pueda.

Beth sentía que unos ojos la miraban, al principio no quiso distraerse de su cometido ya que por fin pondría punto y final al asunto, pero al percatarse de que esos ojos no se apartaban de su figura, miró al frente y justamente donde se encontraba la salida del juzgado de la ciudad, se encontraba otro hombre con el mismo sombrero con el que había reconocido a Dave, tomando a su hija, la cual había insistido en acompañarla, del cuello amenazándola con una navaja bien afilada. Aterrorizada, supo inmediatamente qué era lo que quería ese hombre: que liberara por su propia voluntad a Dave McCallum, no sabía bien qué hacer y como la única razón que le hacía ponerse de rodillas y ceder

## Nerea Broncano Aglio

ante cualquier cosa eran sus hijos, pronunció aquella declaración que se quedaría en su mente grabada para siempre.

- Su señoría, acabo de recordar que este hombre no es quién buscamos, me puse demasiado nerviosa y ataqué al hombre equivocado. Y aunque fuera él, creo que se debería de castigar con otro tipo de sanción, retiro mi testimonio contra él.

La tensión se podía cortar con un cuchillo en aquel momento, todos los allí presentes no podían comprender que acababa de hacer aquella abogada pueblerina escocesa y, unos segundos después, la muchedumbre arremetió contra ella con una honda llena de improperios y amenazas de muerte.

Ni ella misma podría perdonarse jamás esa traición hacia su pueblo, hacia sus padres, hacia sus hermanos, marido e hijos, pero su instinto de madre fue más fuerte que cualquier causa política.

-Después de vuestra declaración, y sin pruebas contra la persona de Dave McCallum, dejamos en libertad a nuestro hermano escocés, pero a usted, señora McKenna y a su familia les condeno al exilio por mentir ante la ley, ante el príncipe heredero de la corona británica y ante el pueblo escocés.

Ninguno de ustedes volverá a Escocia hasta que yo haya acabado mis últimos días como juez.

Iain y Eara fijaron la vista en el suelo, avergonzados por el momento, pero entendiendo y aceptando el motivo por el que su esposa y madre había decidido tomar esa decisión. Después de haber proclamado el fin del juicio, Beth y su familia se dispusieron a hacer la maleta y desaparecer de allí cuanto antes, Frang y Beth Banner se encontraban allí, destrozados por el futuro que se avecinaba a su hija, yerno y nietos allá donde fueran.

Lean, por su parte, estaba en un torbellino de emociones. Era obvio que él hubiera actuado igual, no hubiese permitido que nadie tocara a su hermana, pero, egoístamente, sabía que su sueño de luchar por la causa jacobita se acababa de esfumar como la espuma del mar.

Rápidamente la familia McKenna salió en un carruaje con destino al puerto de Inverness, no sabían a donde se dirigirían con el primer barco que pudiera darles cobijo. Cuando este llegó, Beth no pudo haberse imaginado en ningún momento que su destino fuera el indicado por el capitán del barco: Inglaterra.

### Capítulo 3

El camino hasta Inglaterra estuvo predominado por el silencio, la familia McKenna se encontraba bajo una tela entre dos cajas que posiblemente serían productos cárnicos por el olor que desprendían. Llovía con gran abundancia, pero eso a ellos les daba igual, lo que más mojaba a Beth eran sus propias lágrimas, las cuales eran la causa del arrepentimiento y la culpa que inundaba su interior. Ellos no eran los únicos tripulantes del barco, una generosa cantidad de personas iban dentro del mismo, pero ellos sí que eran únicos en un aspecto: eran los únicos escoceses.

Todos los demás que viajaban y a los que se les oía reírse y disfrutar eran ingleses que volvían a casa desde otras partes del mundo y, claro, ellos eran la escoria de los británicos, eran tratados como seres inferiores y se dirigían a ellos sin respeto simplemente por el hecho de tener creencias diferentes en torno a la corona británica. Iain en muchas ocasiones había intentado convencer a los guardias en las puertas de los camarotes de que no podrían sobrevivir a aquella noche con la lluvia y el frío, a lo que éste le contestó llanamente:

- Así tendremos un estorbo menos ya que vosotros no sois verdaderos ingleses, seguís creyendo que la Iglesia es el mejor lugar en el que comunicarse con el Señor cuando, por el contrario, a lo único que se dedica es a robarnos dinero y bienes, es un lugar corrupto. Y ahora,

¡largo de aquí! No quiero malgastar más saliva con un escocés de pacotilla, ¿u os lo tengo que decir en vuestro idioma, el gaélico? Ya que no sabéis entender a un verdadero inglés.

Pasadas un par de horas, la familia se despertó entre gritos que les indicaban que el viaje había llegado a su fin. Se encontraban en el puerto de Tyne, a 7 de noviembre de 1745, tenían hambre y necesitaban buscar cobijo en cualquier lugar que les diera un mínimo de calor. Se acercaron al primer hostel que pudieron divisar, quien había tras la recepción era una mujer muy mayor la cual parecía muy feliz al verlos, pero, tras el primer intercambio de palabras, su gesto se torció frío y severo.

- Perdónenme, no quisiera ser maleducada, pero a personas como ustedes no las aceptamos aquí.

- ¿Disculpe? ¿Me podría decir el motivo principal por el cual no nos puede brindar un alojamiento? - Beth se estaba poniendo muy nerviosa ya que sabía perfectamente cuál sería la razón.

- Simplemente está dictado por la ley que los escoceses no tienen ningún derecho a una vivienda digna en nuestra tierra Inglaterra. Aquí solo sirven los que se rinden ante el verdadero príncipe de la patria inglesa: Guillermo Augusto. Así que, por su propio bien, salgan inmediatamente de aquí e intenten llevar lo mejor que puedan su estancia.

Justamente en el momento en el que Lean, el cual había permanecido mordiéndose la lengua por no contestar de muy mala manera a aquella mujer de avanzada edad, iba a replicar apareció una mujer con el cabello muy rojizo vestida de criada y dirigiéndose a la mujer dijo:

- Ya me ocupo yo de ellos señora Crane.

## Nerea Broncano Aglio

Todos salieron del hostel, la mujer pelirroja desconocida cerró la puerta principal y tras recorrer con su mirada a cada uno de los allí presentes junto a ella, procedió a presentarse.

- Buenas tardes señores, mi nombre es Ailsa Scott y soy escocesa exiliada aquí desde hace tres años junto a mi marido. La señora Crane es muy devota a su rey y príncipe, se lo toma muy en serio (a decir verdad, como la mayoría, aunque algunos se las gasten de tolerantes), estense listos porque no es nada fácil conseguir aquí las cosas siendo quienes somos y estando en los momentos que estamos

- Buenas tardes, mi nombre es Beth McKenna y ellos son mi familia: mi marido Iain y mis hijos Lean y Eara. Venimos aquí por temas de exilio también y no tenemos nada, sé que los ingleses no nos reciben bien ya que igualmente hacemos nosotros cuando alguno de ellos viaja hacia nuestras tierras, pensándolo fríamente nada nos diferencia, puesto que ambos queremos un trono y utilizamos armas muy dañinas para acabar con el otro cuando deberíamos saber aparcas los motivos políticos en cuanto se trata de cuidar a los seres humanos.

- Cariño, creo que tirando flores no vamos a conseguir traer la paz y tolerancia por ninguna de las dos partes, yo iré directo señora Scott: ¿Puede acogernos en su casa hasta que podamos conseguir cualquier tipo de alojamiento?

- Por supuesto, seguidme, estaré encantada de presentaros a mi marido y prepararos una habitación durante todo el tiempo que queráis.

Ailsa entró en una casa de una planta, y en el comedor se encontraba un hombre moreno y con un gesto facial muy amigable que les saludaba con la mano haciendo movimientos para que se acercasen.

- Buenas tardes a todos, mi nombre es Rodrigo González encantado de conoceros, podéis hospedaros aquí el tiempo que queráis.

- ¿Eres español Rodrigo? -Preguntó Beth sorprendida.

## Nerea Broncano Aglio

- Así es, fui de viaje a Escocia hace cinco años y me enamoré de Ailsa pero, cuando anunciamos nuestra relación, su familia no lo apoyó y nos delató ante el juez de Glasgow enviándonos al exilio.

Rodrigo siguió relatando con melancolía su vida en Inglaterra, Iain cada vez se daba más cuenta de que vivían en un mundo intransigente y rodeado de intolerancia hacia otras personas que han formado parte de tu país a lo largo de la Historia.

Entretanto, Beth salió a la calle en busca de algún puesto de trabajo con el que ganarse la vida mínimamente. Todo aquel que hablaba con ella cumplía una de estas posibilidades: o la ignoraba, la rechazaba al percatarse de su acento o incluso la deseaban la muerte simplemente por venir de donde venía. Todos coincidían en que Carlos Estuardo era lo peor para gobernar el trono británico, alegando que era un incompetente y alcohólico que lo único que lo mantenía en pie era perseguir un sueño de niños.

En el patio de la casa se encontraba Eara practicando con el arco, así se entretenía ya que no podía ir a la escuela. Estaba dando en el blanco una y otra vez, aunque notaba que la mano derecha le molestaba, su dedo no funcionaba como con anterioridad así que sopesó el sentarse y descansar un rato. Se dio cuenta de que el niño rubio que la había estado observando todo el tiempo se había ido, acto seguido escuchó la voz de un hombre que se dirigía a ella con cara de pocos amigos.

Bajo un juramento hacia el príncipe, comenzó a golpearla con los puños alegando que había cometido varios delitos en contra de la ley, no le estaba permitido manejar armas por ser del sexo femenino y además no tenía derechos a estar viviendo cómodamente bajo un techo inglés siendo escocesa. Rodrigo intervino como pudo jurando que él la haría pagar, puesto que era su criada que venía totalmente mentalizada de que Inglaterra era un lugar mejor gracias a la casa Hanover.

## Nerea Broncano Aglio

Lean por su parte había decidido salir a tantear el terreno militar, observaba las espadas de los guardias y de cómo se comportaban en su labor. Pensándolo bien estaban mucho mejor formados que los militares escoceses y mucho mejor preparados, a decir verdad, en ese aspecto Escocia tenía que prosperar mucho. Sumergido en sus pensamientos iba cuando sintió un choque con otra persona, y vaya si era persona, la chica más guapa que había visto nunca.

- Perdóneme señorita, iba pensando en mis cosas y no la he visto.

- Tranquilo, estoy bien solo ha sido un golpe sin importancia. Usted no es de aquí, ¿verdad? Me llamo Isabelle Carter.

- No la verdad es que no soy de aquí, soy escocés. Encantado señorita Carter, soy Lean McKenna y vivo aquí exiliado con mi familia.

- Qué terrible noticia escuchar eso, ¿por qué no vamos a St James's Park y me cuenta por qué?

Lean no sabía muy bien que era aquel hormigueo que le rondaba el estómago, pero lo que si sabía es que, por primera vez, se dejó llevar por los sentimientos.

## Capítulo 4

### *St James's Park*

Lean se encontraba en un momento el cual parecía un sueño, sentado al lado de Isabelle todo parecía irreal: el exilio, la imposibilidad por entrar en el ejército, la pobreza... Pero allí se encontraba, riendo y escuchando todas las historias que aquella mujer con el pelo moreno tenía para contarle.

Nerea Broncano Aglio

No supo cuándo lo hizo ni cómo, pero cuando salió de sus pensamientos se encontraba a un centímetro de su boca arriesgándose a que todo fuera a peor o, ¿acaso no se daba cuenta de que esa muchacha era inglesa y que su relación sería un fracaso al cincuenta por ciento? Se obligaba a sí mismo a parar cuando ella tomó las riendas y soltó como si lo llevara guardando mucho tiempo:

- Ven a conocer a mis padres, seguro que después de la visita nuestra relación puede seguir construyéndose ante los ojos de Dios.

Esta situación parecía sacada de la novela más romántica de los tiempos y allí estaba, delante de la puerta de su casa.

- Hola Isabelle cariño, pensaba que tardarías más en volver a casa, pasa y dime quién este muchacho tan apuesto.

- Mamá, él es Lean tiene 17 años y es escocés.

- Buenas tardes, señora Carter.

La madre de Isabelle palideció unos segundos hasta que se dio cuenta de que los dos la observaban expectantes esperando una respuesta. ¿Pero quién se creía su hija para entremeter a un traidor y representante de la parte más sucia de Inglaterra? No, por supuesto que no lo iba a consentir, le echaría antes de que llegara William. Su marido no tendría su paciencia y mejor no tentar a la suerte.

-Isabelle Carter, no voy a permitir que te veas con un muchacho escocés; ¿sabes acaso las costumbres que tienen en aquellas tierras primitivas? Violan mujeres, usan faldas, no se asean y por no hablar de su acento, por Dios si parecen que han salido de la selva, totalmente rebeldes sin ningún tipo de educación. ¡Lo que necesitan vuestras tierras es que un príncipe de verdad las abarque y os domestiquen cuales perros callejeros!

Lean no pudo permitir todos esos insultos hacia los suyos, y por no rebajarse a su nivel, salió de la casa. Cuando llegó a casa de Ailsa y Rodrigo se encerró en la habitación en la que se alojaba su familia y se dejó acunar por el viento de la noche. No lograba conciliar el sueño, algo le rondaba la cabeza y razón no le faltaba.

Eara se despertó sobresaltada por los gritos que procedían de la calle, se asomó a la ventana y divisó un montón de habitantes de las Highlands peleando contra los oficiales ingleses, gritando que venían de parte de Carlos Estuardo para aplacar Londres y tomar el trono que a ellos no les pertenecía. La menor de los McKenna conocía a varios de ellos, había practicado con ellos algunos puntos de defensa personal y se sintió muy orgullosa y excitada por ver que, por fin, se tomaban medidas por parte de sus compatriotas.

- Hoy, 8 de noviembre de 1745, Escocia tomará Londres y pondremos fin a todo esto- Comunicaba Brod Campbell, el jefe de guerra del ejército escocés.

Eara se levantó inmediatamente, cogió su arco personalizado que le hizo Rodrigo después de que aquel soldado le arrebatara el de su hermano y se dispuso a atacar a todo aquel que se le pusiera en su camino. Ella sabía perfectamente por lo que tenía que pelear después de haber sido consciente de lo que los ingleses le habían hecho a sus padres y hermano al no aceptarles por venir de un lugar distinto: por apoyar la causa jacobita y por el príncipe Carlos Estuardo.

Aquella batalla en medio de la ciudad parecía interminable, Eara se encontraba como en casa ya que muchos de sus compañeros la reconocieron y gritaban complacidos porque un miembro de los McKenna estuviera en sus filas. Alcanzó la noche, los sonidos de las espadas chocar y del arco atravesar los cuerpos de los oponentes no cesaban, el resto de la familia McKenna se encontraba en casa rezando porque Eara volviera pronto y que lo hiciera viva.

Beth sabía que todo aquello era por su culpa, salió a la puerta para intentar encontrar a su hija y en frente de ella la logró distinguir, con sus rizos rojizos al viento ondearse al ritmo que ensartaba flechas en los corazones de los soldados ingleses. En realidad, no podía sentirse más orgullosa de ella, siempre defendería sus creencias y desprendía poder como una mujer en la que se había convertido, ella no quiso creerlo, pero sabía que aquella imagen sería la última que vería porque, cuando quiso dedicarle a su hija su última sonrisa, una espada traspasaba su pecho haciéndola desvanecerse en el suelo. Lo último que divisó fue una lágrima de su niña por una herida en el costado acompañado de un grito de guerra que la hizo resurgir como un ave fénix.

Lean corrió para socorrer a su madre, sus ojos no podían enfocar la cara de su progenitora porque así se lo impedían las lágrimas, a su lado Iain roto de dolor, rencor e ira cogió de dentro de la casa el hacha que usaba para cortar la leña y fue en busca del asesino de su mujer.

El chico del clan acunó a su madre con el rostro lleno de angustia y dolor, ¿qué haría ahora él sin sus consejos, sin su fuerza, sin sus ganas de luchar por volver a casa? Sentía que su vida ya no tenía sentido, lo único que le quedaba era cuidar de Eara y seguir hacia adelante como ella siempre hacía pero, de repente, oyó como su padre le gritaba que no había podido encontrar a ese asesino y entonces entendió lo que el Señor le quería decir, él sería quien vengara a su madre de la mejor forma en la que ella lo hubiese querido: convirtiéndose en abogado y condenarlo en el último juicio en su memoria.

## Capítulo 5

*14 de abril de 1746*

Lean había dedicado todos estos meses a prepararse como abogado, su abuelo le enviaba muchas cartas dictándole las mismas normas que a su madre le dictó en el principio de su carrera. Sabía que aunque le costara tenía que licenciarse ya que se quedaba sin tiempo, Rodrigo le contó que vio en reiteradas ocasiones a los asesinos deambular por el puerto ayudando a introducir cajas en un pequeño barco, como si estuvieran planeando huir.

La situación en Inglaterra estaba muy delicada, el príncipe protestante Guillermo Augusto amenazaba con entrometerse entre las tierras escocesas y librar la gran batalla. Por eso mismo el hijo de Beth McKenna había optado por dedicarse únicamente a practicar cómo interpretar la ley y cómo llevar a cabo un juicio para poder lograr su cometido, debía de reconocer que tenía autoridad y el don de la palabra (totalmente heredado de su difunta madre) aunque ya le había dicho su abuelo: compórtate como si tuvieras enfrente al mismísimo diablo, es decir, sin clemencia.

Por otra parte, Eara no había conseguido ser la misma desde que murió Beth. Su madre había sido su confidente, la persona que más confianza depositaba en ella y la que le había ayudado a cubrirse para practicar con sus armas, en aquella batalla en Londres había presenciado el peor y mejor momento de su vida: la muerte de su madre como lo peor y posiblemente lo que más le dolería en su existencia y el momento en el que se armó de valor para iniciarse oficialmente en la causa jacobita luchando y matando a sus primeros contrincantes. Se juró a sí misma una y otra vez que sus ansias de matar no quedarían ahí y que si su hermano iba a ser el abogado que condene al diablo, ella sería su verdugo oficial.

Al día siguiente, Lean se levantó con mucho ánimo puesto que su padre Iain le había asegurado la noche anterior que tenía bien vigilados a los criminales y que, si al día siguiente lograba convencer al

juez, podría llevar a cabo la querrela contra ellos ya que no sabía cuándo tomarían la decisión de huir y no se podían permitir que siguieran en libertad, se vistió rápidamente y marchó para el juzgado de Londres. En aquel momento el juez se encontraba preparando un juicio que empezaría en menos de media hora, pero Lean no se paró a pensar si iba a ser bien recibido o no, así que se dispuso a sacar sus mejores argumentos para conseguir que se celebrara su proceso para limpiarse emocionalmente (ya se encargaría su hermana de limpiarse las manos después de degollar a cada uno de los participantes).

- Su señoría me llamo Lean McKenna, soy hijo de Beth McKenna y nieto de Frang Banner. En la última revuelta ocurrida aquí en Londres unos homicidas mataron a mi madre y hoy por hoy me he convertido en abogado y exijo poder llevar a cabo el juicio para vengar a mi madre.

- Está bien, aunque usted señor McKenna sea escocés y no sea de mi agrado (¿qué iba a ser lo próximo?, ¿Qué los negros tengan derechos?) voy a dejar que celebre su juicio, pero después de este volverán a su querida y sucia patria Escocia.

Y así fue, el juez facilitó la búsqueda de los asesinos, la cual fue mucho más fácil gracias a la ayuda de su padre y Rodrigo que los tenían vigilados.

Al anochecer se llevó a cabo el encuentro, todo el mundo felicitó a Lean por el buen trabajo que había hecho, incluso hombres ingleses respetados que en vez de mirarle por encima del hombro habían valorado su primer trabajo como abogado, sin duda su madre estaría muy orgullosa de él por ello.

Su hermana se comportaba de una manera extraña desde hacía varios días, él sabía que se estaba empezando a ver con uno de los soldados con los que luchó en noviembre pero aquello no era lo que a él le hacía replantearse cosas, cada vez que entraba en su habitación tenía a su disposición un arma nueva; por ejemplo tenía un cuchillo, un puñal, varios arcos y una espada personalizada ya que en la empuñadura

llevaba forjado: BILE, las iniciales de cada integrante de la familia y aquel detalle solo se podía forjar si estabas encomendado a una guerra muy importante.

Cada vez que intentaba hablar con ella, esta le decía que lo mandó a forjar por el recuerdo de su madre, pero Lean se empezaba a preparar para afrontar el sentimiento de perder a otra fémina de la familia. Y en efecto, aquella media noche Eara se despidió de su hermano y de su padre anunciando que volvía a Escocia para pelear por su pueblo y, antes de cruzar la puerta, advirtió a su hermano que fueran fuertes en los tiempos que les venían ya que serían difíciles de superar.

Eara se disponía a salir, dos días antes el jefe de guerra Brod Campbell le había anunciado que, tras ver su disponibilidad como soldado y la soltura que tenía con el arco, tenía la oportunidad de pelear en Escocia. No podía creerlo por fin sería reconocida y admirada, lucharía como un soldado más y llevaría el apellido McKenna muy lejos. Entre esos pensamientos también tenía miedo a morir, a no ser suficientemente eficaz pero una vez divisó a lo lejos la costa de Inverness todas aquellas dudas se disiparon: sacaría lo mejor de sí misma como lo hizo toda su familia a lo largo de su existencia.

Era dieciséis de abril de 1746, y la menor de los McKenna volvía a casa. Todo estaba igual que siempre incluso el olor a miel que su madre dejaba impregnado por toda la casa sacó todas sus armas y las limpió una a una esperando la llamada clave. Cada uno de los altos cargos del ejército les habían avisado de que hoy se desencadenaría la gran batalla puesto que desde que partieron de Londres se dieron cuenta de que un par de barcos ingleses les seguían y por ello pensaron que todos los soldados deberían de estar avisados y con las instrucciones claras: en cuanto oyeran relinchar a los caballos, todos saldrían en guardia quitándole la vida a cualquier cuerpo viviente que tuvieran cerca.

Nerea Broncano Aglio

Eara oyó un ruido extraño, no había autorizado a nadie para que la hiciera compañía mientras aguardaba esperando, cuando se dispuso a coger su espada unas manos la arrinconaron contra la pared: era un soldado inglés camuflado con las ropas del bando contrario.

- Vaya, vaya si tenemos aquí a una zorra con aires de macho... ¿quién eres tu guapa? ¿La chica de compañía del jefe?

- Soy Eara McKenna y soy sirvienta como soldado del príncipe Carlos Estuardo-dijo escupiéndolo esas palabras en la cara del inglés.

- Claro que sí soldadito, veamos a ver si las mujeres escocesas oléis igual de mal que los hombres, aunque seguramente sí porque todos formáis parte de la misma pocilga.

Cuando ese extraño se dispuso a bajarse los pantalones, Eara con un grito que casi le deja sin voz cogió su espada y, agarrándola por la empuñadura donde se encontraban tatuadas las iniciales de la familia McKenna, la ensartó en el corazón del soldado inglés entre lágrimas por los ataques que había recibido, menospreciándola a ella y a su pueblo. Con todas sus fuerzas volvió a gritar desde el umbral de la puerta:

- ¡Hoy Culloden se teñirá de rojo! ¡A por los ingleses!

Todo lo demás, es historia.